

Pluma y Lápiz



Anual..... \$ 6.00
Semestral... > 3.50

Pluma y Lápiz

Del mes: 0.20 cents.
Del año: 0.40 >

AÑO II — NÚM. 89

SANTIAGO, A 17 DE AGOSTO DE 1902

VOLÚMEN IV — NÚM. 6



Agosto 15.

No pensábamos en iniciar los borrajes de esta crónica, cuando se nos ha largado sonoramente sobre nuestra mesa un título, un cliché, *Vida de Santiago*, como recordándonos esta tarea semanal que hace rato veníamos ya olvidando...

No encontramos, pues, mui fácil la tarea de desenvolvemos en el cometido de esta charla cuando aun no hemos asomado ni por la parte baja ni por la cumbre del Municipal, que es donde se refugian, de noche a noche, en apretadísimo haz, todas nuestras palpitaciones ciudadanas de *high life* i de cultura que lleva en sus faltriqueras de cuatro reales para arriba...

No ir al Municipal se puede bien decir que es no hacer la cabal vida de Santiago. ¿Por qué, qué hai hoí fuera de eso? Mui poco: el taloneo de las tardes en la plaza, retozando la pupila con casi los mismos cromos femeninos de otros años; el porta-

lerismo bajo el túnel del Hotel de France, para lo cual no se mira el reloj; i en seguida el «muchísimo frio.» En lo demas la desolacion reina bajo el palio estrellado de estas engatadas noches de agosto. Recorreis las calles i no encontráis mas habitantes inestables que el valiente *paco* del punto, porque ya es resultado que todos nuestros *pacos* son héroes, i acaso algun poeta que da grima o un vagabundo que con mas de un grito de hambre en la garganta busca un con-sonante por las calles solas.

El frio tiene recludo, anonadado, todo callejero grátis de la temporada, subrayando así dolorosamente enojosos contrastes de bolsillos. Los que andan *planchados* quédanse en sus casas al calor del hogar; los otros se divierten. Es el primado del frac i del guante blanco. Es nuestra época réjia.

I a propósito de Municipal, cábenos preguntar por el señor Ortiz de Zárate, blanco a la fecha de las habladurias públicas atizadas alrededor suyo con motivo de su *Lautaro*. A la inversa de las palmas de victoria, de las aureolas de triunfo, la crítica musical ha descargado sus mazazos sobre el señor Ortiz de Zárate. La noche del estreno dicese que se gritaba desde las galerías: ¡abajo Fraga!... sin que al imperturbable *Parsifal* le retemblaran los macisos lentes que carga sobre su nariz. Lo mas que hizo fué sonreír mostrando una fila de dientes blanquísimos. Ayer—ántes que la crítica empezara a hacer un calamitoso Saint-Pierre del señor Ortiz—le vimos culebrear gallardamente por el centro, a la hora de mayor jentío, que llevado ahí por estas espléndidas mañanas asoleadas ansía ya a buches la felicidad de los tufos primaverales. I el señor Ortiz de Zárate pasó. I en los corrillos unos dijeron: Es un maestro; otros: Es un infeliz...

La verdad es que, o el señor Ortiz es todo un maestro, o no lo es. Sin ir al vuelo de los jénios musicales, debe o bien codearse con maestros como Puccini, Mascagni, etc., o bien no pasa de ser un mejor Acevedo.

Porque en el jénero en que ha metido la pata el señor Ortiz de Zárate no caben las mediocridades.

¡Oh, la vida de Santiago! Fué en una de estas noches de invierno frio. Los asistentes a la última tanda estaban en escasísimo número; unos cuantos señorones gordos, medianocheros de esos que saborean la vida golosamente, como un regalo, i unos pocos portaleros de peinaduras brillantes i repulidas a fuerza de cabo i *veloutine*.

Llevábamos el sexto bostezo, cuando el telon bajó lentamente sobre la nuca de los cómicos que enfilados de frente dieron sus buenas noches con las ceremonias acostumbradas de muñecas de bazar, i estiraron los labios pintarrajeados forzando una última sonrisa.

Ya en la calle, sentimos, de entre un ángulo de sombra, el abordaje de una voz i de un brazo de mujer.

—Te acompañaré un rato—nos dijo ella.

Era una de las tantas que en los portales son presa fácil a los corsarios del amor i que como las hojas caídas de un árbol se avienen a todos los vientos.

Tenia regular estatura, su rostro era delgado i pálido, con bellos ojos tristes, i su erguido talle de fresca adolescente movíalo nervioso como amartillando sus bocanadas de palabras, que decían todo un cortejo de desesperanzas, de contrastes i de flajelaciones de esta vida tan perra.

El reloj de la intendencia, cuya esfera emejaba un enorme ojo iluminado, tenia las doce i media. Habia frio i soledad. La plaza de armas, bajo la noche con luna, parecia soñar la nostalgia de sus aristocráticas tardes de paseo i de los arrastramientos de sedas, del cimbrar estudiado de nuestras damas que con sus devaneos de hembras deseadas retan ahí a lujuria, i de los regueros de pasion que, cual óvulos de belleza, esparcen diariamente ahí, a cada vuelta, las mujeres bonitas.

En el tabladillo de los músicos los *gallos* escapados de los bancos i pitos del Orfeon parecian haberse reunido i celebrar silencioso i diabólico aquelarre a la luz de la luna.

Tomamos por la calle del Estado despaciosamente. I miéntras yo hacia dar vueltas i vueltas a una varilla en cuyo mango abre sus fauces un dragon de plata, ella inició su polvareda de historias sumamente tristes.

A los catorce años tuvo un novio, i como no la permitieran casarse se escapó con él, habiéndola abandonado poco despues el mui infame. Hoi se mantiene chupando el oro i la vida como un monstruo. I así siguieron las historias que ella contaba entreverándolas con lágrimas que abrillantaban sus bellos ojos tristes en cuyas pupilas reflejábase íntegra la luna como rielando sobre las aguas de un mar extraño i lejano.

Al llegar a la Alameda pidióme un cigarrillo i un *algo...* i perdióse avenida abajo.

La ciudad dormia el sueño de la média noche i los coches de posta, en la pesca de pasajeros, rebullian como gusanos de luz con el tinte policromo de sus fanales.